

Jají

Jají es un lindo pueblo hecho de luz y color. Teniendo por marco una naturaleza ubérrima, Jají se asienta en una especie de balcón colgado de las estribaciones de la Sierra de La Culata, que mira hacia el valle del Chama, a 1.781 metros de altitud y a 38 kilómetros de Mérida. Tiene una población de 3.056 habitantes. La región montañosa donde se inserta el poblado, al oeste de Mérida, es sumamente interesante por la variedad de paisajes, clima, flora y fauna, que bien vale la pena conocer.

El trayecto se inicia en la avenida Los Próceres, en la parte sur de la ciudad, y se continúa por medio de una carretera amplia y bien pavimentada, la Panamericana, que va bordeando los cerros de La Calera y La Loma de Los Angeles, dejando ver del lado izquierdo los picos majestuosos de la Sierra Nevada de Mérida. Podemos detenernos en algunos de los varios miradores que existen a la orilla del camino, para contemplar la Ciudad de Mérida, en toda su plenitud. También se ven desde allí las poblaciones de Ejido y La Mesa. Esta vía ofrece algunas facilidades para los visitantes, como hoteles, posadas y restaurantes. Sobre una ladera de un valle cubierta por una vegetación exuberante muy verde, vemos el parque de diversiones La Venezuela de Antier. Resalta por sus nítidos perfiles la cúpula de una réplica de la iglesia de Chachopo.

Después de pasar por los caseríos de El Salado y Manzano Alto, el paisaje cambia considerablemente: nos adentramos en un ramal de la Sierra de La Culata, que presenta una cara rocosa casi vertical, de donde surgen varias cascadas de agua. A la vera del camino, verdean los pastizales del quicuyo donde pasta el ganado lechero. La mirada se pasea con deleite por aquel panorama rural de casas de tapia y cabañas diseminadas en la lejanía, desparramadas sobre los azules valles intramontanos.

La carretera ahora se estrecha considerablemente, a medida que nos internamos en una zona boscosa, inmersa en el bosque nublado. Las aguas cristalinas del río La González, que nace en el Páramo de Los Conejos, se precipitan desde las alturas, en las Chorreras, formando una cascada majestuosa que se desliza por la dura roca, para caer impetuosamente entre los pozos de cierta profundidad. La falla geológica de Boconó, ha ocasionado serios daños en esta vía, formando declives y agrietamientos en la calzada. Al llegar al sitio de Las Cruces, se produce una bifurcación del camino, enfrente de una alcabala y adyacente a la misma una estación de gasolina. La vía de la derecha nos conduce hacia La Azulita, mientras que la vía de la izquierda nos conduce hacia Jají.

Iniciamos pues el suave descenso por una carretera estrecha y que en un trayecto de unos 4 kilómetros nos lleva hasta el umbral del pueblo.

Al salir de un recodo, los primeros tejados de Jají se destacan ante nuestra mirada, teniendo como fondo un cielo azul macizo animado por algunas nubes que se desplazan lentamente. De repente surge el poblado, como recién salido de la acuarela de un pintor. En sus calles empedradas que se retuercen, suben y bajan, siguiendo la topografía del terreno, bastante inclinada por cierto, se dedican a caminar los turistas. El sol mañanero hace brillar el blanco de las casas, las piedras y los tejados. La gente recorre el pueblo curioseando entre las tiendas de artesanía. Nos detenemos en su pequeña plaza, para llenar nuestros pulmones con el aire puro de la montaña, mientras columbramos el paisaje. Conversamos con una joven que viene de la iglesia. La gente es muy amable y sabe tratar a los turistas.

La arquitectura típica andina, de casas de tejas con balcones, ventanales de madera y paredes de tapia, se ha mantenido muy bien en este pueblo, gracias a una restauración bastante completa en 1971, que revivió al poblado. Sus calles fueron empedradas y sus

casas y posadas restauradas, respetando el estilo arquitectónico de los tiempos coloniales. El pueblo, circundado por un anfiteatro de montañas color verde esmeralda, relumbrantes bajo el sol de la mañana, rezuma paz y sosiego. Vagamos por sus calles empinadas que buscan el cielo y que se prolongan debajo de arcos y salen del pueblo hacia los campos vecinos olorosos a naranja.

Merece especial atención la pequeña iglesia, dedicada a San Miguel Arcángel. Es un templo bastante sencillo de gruesas paredes de tapia que resaltan por su blancura. La fachada algo lisa y decorada con molduras, pilastras y cornisas pintadas de un azul celeste, le transmite cierta gracia y colorido al edificio. El frontis, sobre el cual se apoya un nicho con la imagen de San Miguel, remata en forma de ángulo. A un lado de la fachada, una torre cuadrada, sirve de basamento al campanario de forma octogonal que termina en una cúpula. Su interior de tres naves separadas por columnas que sostienen una bóveda de medio cañón es bastante austero. Tan sólo un pequeño altar con una imagen de San Miguel y un par de capillas adornan el presbiterio y los laterales.

Una de las casonas más bonitas del poblado y que se debe visitar para tener una mejor idea de las costumbres de esta zona, es sin duda alguna, La Posada de Jají. Es una construcción antigua de dos pisos, con elegantes balcones de madera que miran hacia la calle. Perteneció a la familia Monzón desde hace más de cien años y fue donada a la comunidad, para alojar a los turistas. En su interior abigarrado, lleno de cuadros, macetas, tiestos de flores y objetos antiguos, podemos contemplar un hermoso patio central de auténtico sabor andino, donde destaca una fuente, circundado por galerías de madera. En algunas ocasiones se presentan conjuntos de música de violines y cuerdas en vivo, que contribuyen a amenizar el ambiente. La posada tiene 7 habitaciones ambientadas dentro del estilo familiar de las casonas de antaño. Nos sentamos al aire

libre en una de las mesas, para tomar una cerveza fría y disfrutar los platos típicos de la zona

Durante los fines de semana, las calles empedradas de Jají ven pasar muchos visitantes que vienen de Mérida. Algunos montan a caballo que alquilan en una esquina de la plaza. En el ocaso, la neblina arropa al pueblo en su manto y retorna el casto silencio de costumbre, al marcharse los turistas. Durante los días de semana el pueblo se encuentra casi desierto, pues sus habitantes van a trabajar en los campos.

Los orígenes del poblado se pierden en los tiempos lejanos. En el pasado, Jají fue un pueblo de doctrina. Existía una tribu de indios de la gran familia Chama, llamados los jajíes que vivían en estos predios, y al producirse la conquista por parte de los españoles, fueron trasladados a otros lugares y confinados en resguardos bajo el régimen de las encomiendas. El pueblo fue fundado por Bartolomé Gil Naranjo, el 17 de Mayo de 1586. A fines del siglo XVI, según apunta Julio César Salas, por haberse agrietado y hundido sus tierras de labor, los indios jajíes fueron reubicados al lugar donde se encuentra el pueblo actualmente en los terrenos que pertenecían a doña Isabel de Nava y Salas. El día 16 de Agosto de 1683 se refunda el pueblo, con el nombre de San Miguel de Jají, por parte del juez poblador Alonso Ruiz Valero, con los indios encomendados a Francisco Trejo.

Sus fiestas patronales se celebran el 29 de Septiembre, día de San Miguel Arcángel.